

Francisco Romero

Manual de erudición para famosos

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

www.ebaobab.com

pacoromero@ebaobab.com

La obra se desarrolla en dos escenarios. Uno es la oficina de Marcelo, un despacho moderno y luminoso consagrado a los negocios. El otro es el cuarto donde Claudio escribe, un sitio donde los libros le quitan espacio a la luz.

Personajes:

MARCELO: Un editor muy influyente en el mercado.

CLAUDIO: Escritor de prestigio, pero poco comercial.

CUCA MEYER: Periodista del corazón.

PRIMERA ESCENA. OFICINA MARCELO

Entra Marcelo. Va mirando el boceto de lo que será la portada de un nuevo libro.

MARCELO. Esto sí es lo que quiero. Por fin han sabido entender el concepto. No puede fallar, se va a convertir en la bomba editorial del otoño. Qué digo, de los últimos años, con un producto tan fiable el éxito está asegurado.

Suena el teléfono. Se dirige a la mesa y descuelga.

MARCELO. Dime Gloria...

Por supuesto, no hagamos esperar al gran Claudio Sánchez Guerin. Que pase, y si llega Cuca Meyer, dile que espere a que la avise.

Marcelo oculta el boceto antes de que entre Claudio.

MARCELO. (Saliendo a su encuentro.) ¡Qué gran alegría me produce verte en mi humilde despacho! ¡Qué buen aspecto tienes! Estás espléndido. Me tienes que dar tu receta para conservarte tan bien. Su-

pongo que influirá esa vida monacal que llevas.

CLAUDIO. (Cortándole.) Menos coba. Hace dos semanas que no nos vemos. No ha transcurrido el tiempo suficiente para que me echés de menos ni para que cambie mi perpetua apariencia de estatua cabreada con el mundo.

MARCELO. Tú siempre haciendo uso de la fina ironía que te caracteriza. Se nota que estás en forma. Me encanta cuando eres tan directo, casi soez. En este ambiente hipócrita no abunda ese tipo de sinceridad.

CLAUDIO. La mayoría de los que viven de este negocio piensan que eso es tener muy mala hostia, y no creo que me perdonen por ser tan directo.

MARCELO. Envidia, mucha envidia.

CLAUDIO. Supongo que cuando tanto me adulas es porque debes estar tramando algo que seguramente no me va a gustar.

MARCELO. ¡Qué cosas dices! Yo siempre velo por el bien de mi escritor favorito.

CLAUDIO. Eso se lo puedes decir a ese tipo de prensa que tanto te gusta. A mí dime simplemente por qué me has hecho venir con tanta prisa. Tengo muchas cosas que hacer, y algunas son más interesantes que hablar con mi editor sobre mi estado físico y mental.

MARCELO. Bien, vayamos al grano, si es lo que quieres.

CLAUDIO. Veo que lo comprendes.

MARCELO. No sé si recuerdas que hace unos meses te hablé de una idea muy buena que pensaba desarrollar en profundidad.

CLAUDIO. Siempre dices que tus ideas son maravillosas, por eso no les suelo prestar atención. Porque acaban esfumándose, en el mejor de los casos, o en el más estrepitoso fracaso, cuando te empeñas en concretarlas en forma de libro.

MARCELO. Sabes muy bien que eso no es cierto y me ofendes con tus groserías.

CLAUDIO. No creo que te hundas en una depresión.

MARCELO. Puede que no lo haga, pero recuerda que sin mí no estarías aquí, y es posible que siguieras pudriéndote como un vulgar profesor al que ni sus propios alumnos podían soportar por su soberbia y por el afán de humillar a las mentes inferiores.

CLAUDIO. Reconozco que te debo muchas cosas materiales y que continuamente debo rendirte pleitesía por ser uno de los pocos escritores que has promocionado sin llevártelo a la cama.

MARCELO. (Molesto.) No siempre me agradan tus groserías.

CLAUDIO. Yo aspiro a que no te agraden nunca. Me conformaría con que mis libros te den mucho dinero para que puedas comprarte a los hombres más espléndidamente dotados.

MARCELO. Para eso no necesito de tu ayuda.

CLAUDIO. Me quitas un peso de encima.

MARCELO. Ya sabes que pienso que todos los hombres son homosexuales en potencia, pero hay muchos que fracasan y no consiguen desarrollarse lo suficiente para asumirlo.

CLAUDIO. Una teoría filosófica enormemente interesante. Prometo profundizar en ella en mi próxima obra para averiguar el motivo por el que soy un fracasado, y hasta es posible que encuentre las claves para regenerarme. Y ahora, si no es molestia, me gustaría saber qué tiene que ver esa idea brillantísima conmigo.

MARCELO. Se trata de tu próximo libro.

CLAUDIO. (Sorprendido.) ¡Cómo! Creo que no he escuchado bien tus palabras.

MARCELO. Es muy sencillo. Se trata de que vas a escribir un libro de encargo, y el que te lo encarga y paga soy yo.

CLAUDIO. Si mal no recuerdo, y según figura en los términos de mi contrato, yo suelo ser el que elige las historias que me apetece contar. No me gustaría pensar que estás tratando de imponerme una forma de esclavitud literaria. ¿O acaso tienes delirios de demonio y pretendes que yo sea tu Fausto particular?

MARCELO. No aspiro a tanto. Sólo quiero informarte de que existe una forma de creación que se

llama de encargo, y, desde que el arte se desarrolla en cualquiera de sus manifestaciones, ha sido utilizada en infinidad de ocasiones, incluso por los más grandes... Y te estoy diciendo que en esta ocasión necesito que dediques una parte de tu tiempo en los próximos meses para escribir un libro que nos dé mucho dinero a ambos y aumente tu fama... No creo que se trate de un propósito descabellado, teniendo en cuenta la cantidad de favores que me debes y los cuantiosos beneficios que vas a obtener.

CLAUDIO. Creo que antes aceptaría acostarme contigo. Vender el cuerpo es menos doloroso que la integridad.

MARCELO. Sé que me quieres mucho. Por eso tengo el valor de proponerte esta obra que, aparte de dinero, te dará la oportunidad de ser conocido hasta por aquellos que nunca han visto un libro.

CLAUDIO. A cambio de mi dignidad.

MARCELO. Dignidad, dignidad, que concepto tan vulgar para alguien de tu inteligencia. En este mundo de vanidades esa palabra se ha perdido bajo el peso del dinero. Hoy la dignidad no se mantiene, se compra

como si se tratara de un producto en los grandes almacenes. Yo hago un par de llamadas y te convierto en un escritor de culto y muy digno o en un vulgar gacetillero... Te juro que no es muy complicado.

CLAUDIO. Me alegra saberlo.

MARCELO. No creas que te estoy amenazando. Nada más lejos de mi voluntad. Te estoy pidiendo que te acuerdes del único amigo que tuvo la paciencia de soportar dos fracasos editoriales y seguir publicando tus textos, a pesar de las recomendaciones que me hicieron los críticos y asesores de finanzas para que te olvidara.

CLAUDIO. Aquel dinero lo has recuperado con creces.

MARCELO. La angustia que pasé no se cura con dinero, sino con amistad, y esa es la que te empeñas en negarme.

CLAUDIO. Sabes que no me gusta cuando te pones a llorar. No es la forma de lograr tus propósitos, al menos conmigo. Pero, ya que estoy aquí, dime de una vez qué es lo que tramás para convencerme apoyán-

dote en una base sólida.

MARCELO. Por fin dices algo coherente. Te gustará. Se trata de un proyecto maravilloso. Un libro que romperá moldes y que será un gran éxito desde su lanzamiento.

CLAUDIO. Por si no lo sabes, te informo que El Quijote ya hace muchos años que está escrito.

MARCELO. Con tu gran sentido del humor y mi capacidad como vendedor estamos condenados al triunfo.

CLAUDIO. Me emocionas.

MARCELO. Te estoy proponiendo que escribas un manual de erudición.

CLAUDIO. (Sorprendido.) ¿Me lo puedes repetir?

MARCELO. Es muy sencillo. Se trata de una breve obra de recopilación donde se recoja la esencia del conocimiento humano a lo largo de su historia.

CLAUDIO. Sencilísimo. Por si no lo sabes, sería una labor que requeriría de una dedicación plena durante muchos años, y en el mercado editorial hay infi-

nidad de enciclopedias muy bien documentadas que pueden solventar cualquier duda.

MARCELO. No se trata de enciclopedias ni de grandes mamotretos, sino de un libro de bolsillo. Es imprescindible que sea fácilmente manejable y pueda ser acarreado por sus dueños para ser consultado en cualquier momento y lugar.

CLAUDIO. Tú desvarías. ¿Me estás pidiendo que meta en doscientas páginas todo el conocimiento humano?

MARCELO. En ciento noventa y dos para ser exactos. Al grupo de población que va dirigido el manual les asustan los libros que superan las doscientas páginas.

CLAUDIO. ¿Acaso quieres que escriba un tratado de sabiduría para imbéciles?

MARCELO. No, se trata de escribir el Manual de erudición para famosos.

CLAUDIO. Yo no encuentro ninguna diferencia.

MARCELO. La hay, ya lo creo que la hay.

CLAUDIO. Una cuestión de sinónimos y de cuenta corriente.

MARCELO. Tu ironía nunca deja de impresionarme. Por eso no tengo la menor duda de que conseguirás llevar este proyecto adelante con un gran éxito.

Claudio lo mira extrañado y curioseando por toda habitación.

CLAUDIO. Ya comprendo, se trata de una broma. Me has gastado una broma y te has podido reír de mí. Seguro que lo has grabado con una cámara para mostrar mi expresión de imbécil a tus amigos en alguna fiesta.

MARCELO. ¿Qué dices?

CLAUDIO. Que se acabó el juego. Tú has ganado porque casi haces que me lo crea y quede en ridículo. Ahora dime por qué me has llamado, ¿se trata de una nueva gira promocional o quieres que dé otra serie de conferencias espantosas en las universidades?

MARCELO. (Muy serio.) No, Claudio, estás muy equivocado. En ningún momento he pretendido gastarte una broma. Desde el principio te he dicho la ver-

dad. Te estoy pidiendo que escribas un manual de erudición para famosos que no sea aburrido... Desde este preciso momento la prioridad absoluta la tiene ese proyecto y en menos de cuatro meses tiene que estar terminado porque quiero lanzarlo en la Feria del Libro con un gran despliegue de medios.

CLAUDIO. ¡Pero no quieres darte cuenta de que me estás pidiendo algo imposible!

MARCELO. A ver si me escuchas de una vez, y no te agobies... El proyecto es mucho más sencillo de lo que imaginas. No te estoy pidiendo un profundo estudio del conocimiento humano y de todas sus manifestaciones artísticas y científicas. Se trata de realizar un manual lo más sencillo y ameno posible en el que se cuente todo aquello que debe saber un famoso para no hacer el ridículo en las fiestas o cuando lo entrevistan en televisión, y que no hagan como ese aspirante a actor que dijo en un concurso ante millones de espectadores que «Hamlet» era la nueva discoteca gay de Ibiza.

CLAUDIO. Quien es capaz de decir esas barbaridades en público no necesita de un manual para apren-

der, sino que le apliquen el garrote vil cuanto antes.

Marcelo se acerca a su mesa y coge el boceto.

MARCELO. Eso no es propio de tu sentido humanista, del intelectual que lucha por darle cultura al pueblo. Hay que ser más comprensivo con la ignorancia para ayudar a vencerla.

CLAUDIO. No te salgas por la tangente, que una cosa no tiene nada que ver con la otra.

MARCELO. Si le das cultura a los famosos, también se la estás concediendo a todos los que los admiran y ambicionan ser como ellos, y no olvides que se trata de la inmensa mayoría de la población. (Le entrega el boceto.) Mira, aquí tienes la portada de tu nuevo libro. Es una maravilla de diseño.

CLAUDIO. (Mirando el dibujo.) Es lo más horroroso que he visto en mi vida.

MARCELO. Es un diseño muy moderno e impactante. Se venderá muy bien tanto en librerías, grandes almacenes, quioscos de prensa y, sobre todo, en las tiendas de los aeropuertos y estaciones ferroviarias.

CLAUDIO. ¿Quién es Cuca Meyer? No la conozco. ¿Es la que va a hacer las ilustraciones para que no tengan tanto que leer?

MARCELO. No, ella es quien va a escribir el libro contigo. Se me olvidó comentarlo antes.

CLAUDIO. (Irritado.) ¡Cómo dices!

MARCELO. Un proyecto de tanta envergadura no puedo dejarlo en tus manos porque correría el riesgo de apolillarse en tu escritorio. Necesitas un contrapunto que te motive, que saque lo mejor que hay en ti, y Cuca Meyer es la más indicada para hacerlo.

CLAUDIO. No sé quién es esa tal Cuca, pero con semejante nombre no se puede esperar nada bueno. Y por otra parte, te recuerdo que siempre trabajo solo. Esa es una condición irrenunciable.

MARCELO. Tranquilízate. No te pongas nervioso que no es tan grave como supones.

CLAUDIO. Si no me puedo soportar a mí mismo cuando escribo, cómo pretendes que lo haga en equipo con una tal Cuca que ni siquiera sé de dónde ha salido.

Marcelo coge el teléfono.

MARCELO. ¿Ha llegado Cuca Meyer?... Dile que pase. (Cuelga el teléfono.) Ahora mismo tendrás la oportunidad de conocer a tu colega, y tal vez suponga el inicio de una larga amistad.

CLAUDIO. ¡No me puedes hacer esto!

Entra Cuca y le da dos besos a Marcelo.

MARCELO. Estás divina, Cuca, el nuevo look te va de cine.

CUCA. Tú también estás espléndido. La cura antiestrés te ha dejado nuevo. ¿Te gustó el sitio?

MARCELO. Idílico. Ya te lo contaré todo con detalle.

CUCA. Cuando quieras.

MARCELO. Quería decirte que me gustó mucho el último reportaje que hiciste sobre lo que pasó en la fiesta de la baronesa Von Tanero. Fue tan innovador.

CUCA. Eso han dicho. Por cierto, en esa fiesta me dio muchos recuerdos para ti Pochi del Val. Me ha

dicho que está escribiendo sus memorias y le gustaría que se las publicaras. Después de que salga la exclusiva en mi programa.

MARCELO. Tengo que llamarla sin falta para disculparme por no haber acudido a su nueva fiesta de compromiso.

CUCA. No te preocupes, seguro que dentro de dos meses hace otra porque ya habrá cambiado de amante.

CLAUDIO. Si interrumpo, me marchó. No quiero ser una molestia en una conversación tan interesante.

MARCELO. Discúlpame, Claudio. No he tenido la delicadeza de presentarte a Cuca Meyer.

Claudio le tiende la mano con frialdad.

CUCA. Es un placer conocer al escritor más esquivo del país.

CLAUDIO. Gracias, pero puede ahorrarse los elogios. No me agrada que me piropen.

CUCA. No es un piropo. En varias ocasiones he intentado entrevistarlo y siempre me ha dado plantón.

CLAUDIO. No lo recuerdo, pero supongo que tendría algún motivo justificado para hacerlo.

MARCELO. Discúlpalo, Cuca, a Claudio le encanta mantener la fama de ser un pedante insoportable y azote de periodistas, pero en el fondo es un buen tipo.

CLAUDIO. Muy en el fondo, en las más remotas profundidades de mi ser.

CUCA. Si pretende que me asuste y salga corriendo, no lo va a conseguir fácilmente. He escuchado suficientes palabras estúpidas en mi vida para que me asusten las intimidatorias palabras de un supuesto sabio.

CLAUDIO. No pretendo intimidarla. Me limito a decir que no tengo motivos para ser agradable y que no aspiro a convertirme en un famoso de feria que vaya pavoneándose en las fiestas para que me incluya en sus reportajes.

MARCELO. Desde el principio sabía que os ibais a llevar muy bien y que estaríais encantados de colaborar en este libro.

CLAUDIO. Supongo que todo estaba cuidadosa-

mente planeado, y yo he sido el último en enterarme de este proyecto demencial.

CUCA. Gracias por lo de demencial.

CLAUDIO. Así que ha sido usted la instigadora de esto.

CUCA. Yo le comenté una idea a Marcelo. No se trataba de un proyecto serio, pero él enseguida vio sus posibilidades y asumió la historia como propia.

CLAUDIO. Y por qué no desarrollan solos tan brillante proyecto, sin involucrar a alguien que desprecia la idea.

CUCA. Porque Marcelo no sabe escribir y porque es necesario contar con una firma de cierto nivel que dé credibilidad y prestigio al libro para que funcione como deseamos. Aunque puede estar seguro de que yo no fui quien sugirió su nombre.

MARCELO. Esa idea fue mía. Enseguida supe que tú eras el más indicado. Además, te vendrá muy bien para quitarte la fama de ogro que te estás ganando a pulso en los últimos tiempos.

CLAUDIO. Al menos con esa fama me dejan tranquilo y no me piden que haga comentarios estúpidos en los medios de comunicación, ni me llaman para pronunciar pregones de fiestas en sitios a los que jamás he tenido intención de visitar.

CUCA. ¿Nunca ha pensado en quitarle trascendencia a alguno de sus actos?

CLAUDIO. Eso es algo que no le incumbe.

CUCA. Por supuesto que no. Era una pregunta estúpida.

CLAUDIO. Le recuerdo que no estamos en una entrevista.

MARCELO. Como estoy convencido de que vuestra colaboración será un éxito, os voy a dejar solos para que organicéis el trabajo. Yo tengo que hacer unas visitas y no quiero que penséis que trato de condicionar vuestra libertad creadora con mi presencia.

CLAUDIO. Tú eres un abominable manipulador.

MARCELO. Es un piropo inmerecido, aunque hago todo lo posible para que mis escritores no pasen ham-

bre a pesar de que alguno me odie. Espero que me mantengáis al tanto de vuestros avances y ya sabéis que en cuatro meses quiero el libro, ni un día más.

CUCA. Lo tendrás.

Marcelo se marcha.

CLAUDIO. Siempre igual, le carga sus problemas a otros y él se lava las manos como si no hubiera pasado nada.

CUCA. Él ya ha hecho todo lo que tenía que hacer en esta historia: asegurar la edición y promoción, además de darnos vía libre en cuanto a su creación.

CLAUDIO. Muy interesante. ¿Así que usted llama vía libre a la colocación de una soga en el cuello?

CUCA. Para mí, una soga en el cuello es algo muy diferente a asegurarse una gran cantidad de dinero por un trabajo que no va a requerir de mucho esfuerzo para una mente tan desarrollada como la suya.

CLAUDIO. Escribir para estúpidos es mucho más agotador que hacerlo para intelectuales.

CUCA. Nunca he tenido el inmenso honor de es-

cribir para estos últimos.

CLAUDIO. Lo suponía.

CUCA. Creo que usted supone demasiadas cosas, y entre ellas puede que piense que yo soy una de esas necias para quien va dirigido el manual que vamos a escribir.

CLAUDIO. Esa es una opinión que por el momento prefiero reservarme.

CUCA. ¿Me equivoco mucho si pienso que durante estos meses intentará hacerme la vida imposible para que desista del proyecto?

CLAUDIO. Digamos que por ahora me conformo con tener el placer de verla lo menos posible. No creo que sea necesario reunirnos a menudo para comentar nimiedades. A mí no me gusta trabajar en equipo, y creo que podremos intercambiar la información a través de Internet, una vez que dejemos claro lo que pretendemos contar en ese ridículo manual.

CUCA. Me alegra comprobar que es muy sincero, así que voy a serlo yo también. ¿Usted nunca disfruta cuando trabaja?

CLAUDIO. Digamos que mi concepto de disfrute dista mucho de lo que usted puede imaginar.

CUCA. Para empezar, no creo que usted pueda saber lo que yo puedo imaginar. Sólo sabe que soy una periodista que ocupa una gran parte de su tiempo entrevistando a algunos individuos famosos, y supone que llevo la misma vida que ellos y que mis gustos son similares, pero puede estar muy equivocado.

CLAUDIO. Le recuerdo que no he venido para conocer sus gustos particulares, lo que no me interesa, y se supone que tenemos que escribir un libro de ciento noventa y dos páginas en el que no tengo la más remota idea de lo que se puede contar para no alterar la sensibilidad de un mercado tan especial.

CUCA. Yo llevo varias semanas trabajando en el tema.

CLAUDIO. Lo celebro. Con un poco de esfuerzo lo podrá acabar en solitario.

CUCA. (Abriendo su cartera.) Y he escrito algo parecido a una memoria en la que se hace referencia a los distintos temas que se pueden tratar y la forma

de desglosarlos en cuanto a lo que implica una distribución en el espacio material del libro.

CLAUDIO. Si lo ha preparado todo con tanto esmero y tiene tan claro todo lo que hay que contar, no sé qué pinto yo en esta historia, porque le advierto que no estoy dispuesto a ser un mero comparsa que firme un trabajo ajeno.

CUCA. En ningún momento he pretendido decir eso. El contenido de cada uno de los temas lo elegirá usted. Si algo valoro en su literatura es la capacidad de síntesis que tiene, cómo puede reducir lo más complejo a un lenguaje fácil de entender.

CLAUDIO. ¡Vaya! Veo que también ha tenido tiempo para leer alguno de mis libros.

CUCA. Entre otras muchas cosas que no siempre son frívolas... Y volviendo al tema que nos ocupa, todo lo que yo propongo en la memoria está abierto a las correcciones que considere necesarias. Simplemente me he limitado a buscar aquello que puede ser de más utilidad para quienes va dirigido este manual.

CLAUDIO. Está bien, puede darme esos papeles

y los examinaré con atención, aunque ello no supone que me comprometa a seguir adelante con la historia.

CUCA. Parece que a Marcelo le ha quedado muy claro que usted colaboraría, y él no suele aceptar respuestas negativas cuando se empeña en hacer algo.

CLAUDIO. En eso se nota que no me conoce.

CUCA. Digamos que usted no hace nada para dejarse conocer. Aunque es natural que haya cosas que prefiera ocultar, y está en su derecho.

CLAUDIO. No se trata de ocultar. Simplemente pienso que los sentimientos de cada persona son particulares y no pueden tratarse como una mercancía con la que se pueda negociar.

CUCA. (Irónica.) Si todos hicieran lo mismo, muchos famosos y periodistas quedarían en el paro.

CLAUDIO. Yo no soy ministro de trabajo ni me preocupa lo más mínimo su futuro laboral. Pero puede darme sus apuntes y le prometo tenerlos revisados para la semana que viene. La espero en mi despacho el próximo viernes por la tarde, y si tiene algo más que decirme, puede hacerlo a través del correo electróni-

co. (Saca su tarjeta y se la entrega.)

CUCA. Gracias por el detalle. Es un honor que usted me hace. Si quiere consultar algo puede llamarme por teléfono, es más directo. En el dossier está escrito el número.

CLAUDIO. Yo no necesito llamarla por teléfono, la veré el viernes. Ahora tengo que marcharme.

Claudio sale sin despedirse.

CUCA. Será posible que sea tan cínico.

Cuca sale y la luz se apaga.

SEGUNDA ESCENA. DESPACHO DE CLAUDIO.

Claudio y Cuca están trabajando.

CLAUDIO. No puede ser, todo esto es descabellado, una suma de despropósitos. Cómo se puede pretender hacer un resumen del pensamiento de Sócrates en cuatro líneas. Eso es una aberración. Sócrates merece libros enteros.

CUCA. Ya los tiene, para quien quiera estudiarlo a fondo, pero en nuestro libro tenemos que poner aquello que mejor lo defina para que los famosos puedan alardear en sus tertulias de conocerlo.

CLAUDIO. Íntimos amigos de Sócrates van a ser con tan completa información. Si al menos pudiéramos concederle algo más de espacio y contar su influencia en el pensamiento universal.

CUCA. Recuerde que en el desglose de temas, a la historia de la filosofía le corresponden quince páginas.

CLAUDIO. La historia de la evolución del pensamiento humano en quince míseras páginas. Incluso pue-

de que sean demasiadas para lo que algunas mentes humanas pueden abarcar. Al fin y al cabo, qué le importa a los famosos y a sus imitadores lo que pudieran decir los filósofos hace más de dos mil años.

CUCA. Prácticamente nada. Hace pocos días en una entrevista se le preguntó a Chola Manglar, una aspirante a presentadora de televisión, qué sabía de Ulises. La joven rápidamente dijo que eran rumores infundados, entre Ulises y ella no había nada y solo eran buenos amigos. Cuando se le aclaró que la pregunta iba sobre cultura general, ella dijo que ese tal Ulises debía ser cantidad de antiguo y pasado de moda, y que ella ocupa todo su tiempo con estar a la última.

CLAUDIO. ¿También hacen implantes de silicona en el cerebro?

CUCA. Me temo que eso es de nacimiento.

CLAUDIO. Ningún ser vivo puede nacer tan imbecil, ni siquiera los humanos. Se necesita aprendizaje para degenerarse tanto...

CUCA. Una teoría muy interesante. La idiotización como enseñanza. Debería profundizar en ese campo.

CLAUDIO. Ese no es el tema que nos ocupa.

CUCA. Tiene toda la razón.

CLAUDIO. ¿Me puede concretar cómo tiene previsto el desglose de páginas en el manual?

CUCA. Desde luego. Las dos primeras serían de presentación del trabajo y para explicar el propósito del mismo, que consiste en formar a los famosos sin que les suponga un esfuerzo extra.

CLAUDIO. No vayan a herniarse pensando.

CUCA. Aparte de las páginas destinadas a la filosofía, he considerado que serían necesarias veinte para historia universal, diez para temas científicos, veinte para el arte en sus manifestaciones de pintura, escultura, arquitectura y fotografía. Para psicología se precisan otras diez páginas, diez más para geografía universal, con el fin de que puedan elegir bien el lugar donde pasar sus vacaciones y viajes de boda.

CLAUDIO. Por supuesto, eso es lo principal.

CUCA. Diez para conocimiento de los regímenes políticos y funcionamiento de la democracia, y cinco

más para temas religiosos. Para literatura necesitamos quince páginas, tantas como para música y ópera, sobre todo con el gran boom que está teniendo esta última entre los famosos.

CLAUDIO. Supongo que es el lugar donde exhiben sus prendas lujosas y alardean de tener más sensibilidad que una escoba.

CUCA. Entre otras cosas menos importantes.

CLAUDIO. ¿Qué más apartados le quedan a la obra cumbre?

CUCA. Quedarían los temas más relacionados con la gente a la que va especialmente dirigida. Veinte páginas para cine, quince para televisión, diez para prensa y radio. Igual cantidad para teatro, cinco para moda y otras tantas para temas taurinos.

CLAUDIO. Un desglose fantástico, la ciencia universal merece casi la mitad de espacio que la televisión, y tanto como la moda y los toros juntos. Einstein podrá estar orgulloso.

CUCA. No olvide que estos temas interesan mucho más a los posibles compradores.

CLAUDIO. Sabiduría a la carta. Cuanto más lo pienso, más vomitivo me parece prestarme a esta aberración. Noto que mi úlcera me da gritos de aviso.

Suena el teléfono móvil de Cuca. Claudio la mira indignado.

CLAUDIO. Vamos, conteste de una vez o tírelo por la ventana.

CUCA. ¿Diga?... No, eso no es así, lo del embarazo de Lita Piñal lo pasamos a la semana que viene. En primer lugar emitimos la petición de mano de Dafne Borgia, y el reportaje sobre la afición a la opera de la perrita del Conde Rippio lo dejamos para el final, en la sección de los famosos y sus mascotas... De acuerdo, luego voy para allá. (Desconecta el teléfono.) Lamento la interrupción.

CLAUDIO. Le agradecería que en adelante tuviera desconectado ese artilugio cuando se encuentre en esta casa.

CUCA. No se preocupe, no volverá a ocurrir. ¿Me puede decir por dónde íbamos?

CLAUDIO. Hablábamos sobre si Sócrates se ha-

bía hecho merecedor de ocupar más de cuatro líneas en la gran enciclopedia de los famosos.

CUCA. ¿Y qué ha decidido?

CLAUDIO. Que no merece más. En definitiva, no dijo una frase importante que puedan preguntar en los concursos. Puede que lo más interesante de su pensamiento de cara a los más populares es que decía que todo vicio es resultado de la ignorancia. Es una frase a la que pueden sacar mucho juego en sus tertulias y entrevistas.

CUCA. Vaya, eso está muy bien. Parece que ya va comprendiendo el propósito de este trabajo.

CLAUDIO. En mi vida me he sentido más imbécil. Así, cuando lleguemos a Descartes, nos sobrara con tres palabras: «Pienso, luego existo». Descartes se pasó toda su vida haciendo grandes aportaciones a las matemáticas, la filosofía y otras ramas del saber para que los famosos le puedan conocer por haber dicho esas tres palabras. No me extrañaría que alguno de estos quiera pasar a la historia de la filosofía patentando la frase: «Alucino, o sea flipo».

CUCA. Tal vez la podría registrar usted, puede que cobrara mucho en derechos de autor.

CLAUDIO. E inmediatamente me suicido. Todas estas aberraciones son superiores a mis fuerzas. La idea de este libro es ridícula. Inevitablemente nos llevará al caos.

CUCA. Todo depende de cómo se tome este trabajo. Puede hacer de él el motivo de todas sus miserias o, por el contrario, una fuente de gozo y diversión que le permita relajarse de otras ocupaciones más serias.

CLAUDIO. Es posible que usted se pueda divertir con cualquier cosa, no es de extrañar dado los ambientes por donde se mueve habitualmente. Pero a mí me parece imposible encontrar un solo motivo de disfrute en este trabajo.

CUCA. (Molesta.) ¿Usted qué sabrá de los ambientes donde yo me muevo? Debe suponer que mi vida ha sido una fiesta en la que continuamente alterno con famosos y que mi única preocupación consiste en ponerme un vestido aparente y elegir el gesto más apropiado para salir bien en la foto. ¿Acaso cree que

es la ilusión de mi vida y que solo pienso en frivolidades?

CLAUDIO. Eso no me preocupa.

CUCA. Ya sé que no le preocupa, a usted no le preocupa nada que no tenga que ver con su megalomanía. Se cree de una raza superior y le molesta tener que acercarse a los pobres desgraciados que tenemos que trabajar en lo que odiamos para vivir... Usted no posee un puñetero sentimiento y cualquier emoción la ha enterrado bajo el peso de la lógica.

CLAUDIO. No le permito que me diga eso. Usted no es quién para venir a darme lecciones de ética.

CUCA. Mire, ya estoy harta. No me considero inferior a usted ni a ninguno de los hombres a los que he tenido que ensalzar para trabajar. No me importa que sus conocimientos en ciertos temas puedan ser muy superiores a los míos, pero yo he tenido que sudar sangre para alcanzar cada una de las míseras metas de mi vida... Nunca quise ser Cuca Meyer, la desprecio mucho más que usted, pero no me quedó más remedio que ponerme esa careta si quería salir adelante en este mundo en el que se desprecia a las mujeres

que queremos ser independientes... (Comienza a llorar.) Es cierto que he tenido que venderme muchas veces por un trabajo, pero siempre para mantener la dignidad como persona.

Claudio la mira llorar extrañado.

CLAUDIO. ¿Así que nunca ha deseado ser Cuca Meyer?

CUCA. Jamás. Desprecio este mundo de vanidad mucho más que usted porque lo conozco de cerca.

CLAUDIO. Entonces no puedo entender por qué lo hace.

CUCA. Piense un poco, aplique su lógica aplastante. Enseguida encontrará una razón que tranquilice su conciencia. Seguro que usted en su vida no ha hecho nada a disgusto.

CLAUDIO. Algunas cosas he hecho, esta entre otras. Pero no concibo que alguien pueda transformar toda su vida y su nombre para realizar un trabajo que desprecia.

CUCA. Todos no somos tan privilegiados como us-

ted. Sobre todo cuando se es madre soltera, repudiada por la familia, y estudiante de periodismo con veintidós años. Entonces no se tienen muchas oportunidades de elegir, ni en la vida ni en el trabajo... Yo quería ser una periodista seria, claro que quería, pero nadie me daba trabajo. Era mujer, tenía cargas familiares y tuve que tragarme todas mis ilusiones para adaptarme a lo que exigía el mercado. Por entonces no podía imaginar que este juego llegaría tan lejos, pero al menos me ha permitido sobrevivir sin grandes apuros.

CLAUDIO. ¿Todo esto lo sabe Marcelo?

CUCA. Ni él ni nadie. Si se supiera que he mentido, perdería la popularidad en tres semanas, y los estudios de audiencia son implacables. En poco tiempo Cuca Meyer sería olvidada y no tendría otra oportunidad. En este negocio no se perdona a los que fracasan.

CLAUDIO. ¿Por qué me lo ha contado?

CUCA. Porque no creo que sea de esos mezquinos que utilizan la información para hacer daño. Usted tendrá muchos defectos y no creo que sea un santo, pero me parece que no es de los que da puñaladas

a los que le cuentan la verdad.

CLAUDIA. Usted sabe perfectamente que odio este proyecto, y la información que me ha dado me podría ser muy útil para librarme de él con facilidad.

CUCA. Lo sé, pero me equivocaría mucho si usted decidiera aprovecharse de lo que he contado para tomar la decisión... Con esto no quiero decirle que vaya adelante. Haga lo que tenga que hacer, pero basado en decisiones propias y no en debilidades ajenas.

CLAUDIO. ¿Qué pasaría con usted si esto se paraliza?

CUCA. Nada sería más terrible que lo que he pasado ya. Si he sabido inventarme como periodista del corazón, puede que también supiera inventarme en cualquier otro trabajo, y al menos podría ver a mi hija sin sentirme clandestina.

CLAUDIO. ¿Qué edad tiene?

CUCA. Nueve años y está interna en un colegio muy alejado de la ciudad. Solo de vez en cuando puedo escaparme a verla.

CLAUDIO. Y el padre de la niña qué dice.

CUCA. Nunca supo que tuvo una hija. Era un desgraciado al que no le importaba nada de lo que pasaba a su alrededor. Desapareció antes de saber que estaba embarazada.

CLAUDIO. Desde luego no se puede decir que viva una situación envidiable.

CUCA. Tampoco me gusta llorar demasiado; y, con todo respeto, no creo que su situación sea mucho mejor que la mía.

CLAUDIO. ¿En qué se basa?

CUCA. En su soledad. (Suena el timbre de la puerta.)

CLAUDIO. ¿Quién vendrá a molestar a estas horas?

CUCA. ¿Siempre piensa que todas las visitas son una molestia?

Claudio la mira muy serio, pero no se atreve a responder. Sale a abrir. Cuca curioseosa por la habitación. Al poco rato regresa Claudio acompañado por Marcelo.

MARCELO. ¡Cómo me alegro, Cuca, de verte aquí! Sabía que este viejo reprimido no podría resistirse a tus encantos.

CUCA. También puede ser que haya sido yo la que no he podido resistirme a los suyos.

MARCELO. Lo dudo. Claudio tiene menos magnetismo que el manual de un microondas.

CLAUDIO. (A Marcelo.) Por más que miro este asunto, no acabo de encontrarle ningún aliciente. Estoy convencido de que será un completo fracaso.

MARCELO. Nunca entenderás de marketing, por eso eres escritor. Déjame todo lo relacionado con las ventas. Yo puedo convertir en imprescindible aquello que me proponga, siempre y cuando pueda organizar una buena campaña. En este caso tengo preparada una fiesta multitudinaria de presentación en la mejor discoteca de la ciudad. Todas las televisiones y emisoras de radio acudirán y garantizo que en todos los actos públicos se hablará del libro.

CLAUDIO. ¿También has comprado a los críticos?

MARCELO. Tendrá infinidad de críticas infames,

sobre todo de los más sesudos. Eso también es bueno porque todos lo comprarán, que es en definitiva lo único que nos interesa.

CLAUDIO. Algo completamente abominable.

MARCELO. ¡Oh, sí! Todo lo horroroso que tú quieras, pero ante el dinero, el poder y la fama nada me detiene. La vida es riesgo y si el premio no es importante no merece la pena arriesgar... Supongo que desde que te lo propuse te estarás preguntando por qué te elegí a ti para esta historia.

CLAUDIO. Es cierto y desconozco la respuesta.

MARCELO. En realidad podría haber elegido a muchos que se hubieran mostrado muy complacidos, y el resultado no hubiera sido muy diferente. ¿Por qué, entonces, elegir al que con más fuerza se puede oponer y al que más le puede repugnar el proyecto?... Por lo mismo, Claudio, por mi amor al riesgo y mi afán de poder.

CLAUDIO. Estás enfermo.

MARCELO. Sí, padezco la misma enfermedad que toda la sociedad capitalista: la ambición. Pero es un

mal bendecido por la iglesia. Los más ambiciosos son premiados con más indulgencias.

CUCA. (A Claudio.) En eso tiene razón.

MARCELO. (Cambiando a un tono más relajado.) Acostumbro a llevar razón en demasiadas cosas, y por eso digo que es posible que tengas que cambiar un poco tu look. Con esa pinta de teólogo reprimido no puedes ir a ningún sitio.

CLAUDIO. Precisamente este es el aspecto que me gusta.

MARCELO. Siempre igual de reaccionario ante todo cambio, y luego presume de ser un intelectual de izquierdas. ¿Qué look le recomendarías tú, Cuca?

CUCA. No estoy segura de qué le podría sentar bien para parecer un moderno sabio.

MARCELO. Yo había pensado en una larga túnica negra y un pañuelo en la cabeza.

CLAUDIO. No estoy dispuesto a aparecer en público como un burdo pirata en un baile de carnaval.

CUCA. Es posible que no necesite grandes cam-

bios. Hasta puede que quede mejor si le añadimos canas y le colocamos gafas de culo de vaso para acentuar el contraste con tanto hortera ignorante.

CLAUDIO. A mi imagen no le pasa nada malo y no pienso admitir ningún cambio. Ese motivo ya sería más que suficiente para abandonar este proyecto.

MARCELO. Ya veo que sigues con tu patético sentido del humor y eres incapaz de aguantar una broma.

CLAUDIO. Está bien, ¿se puede saber si tienes algo más que decirme o tienes prisa?

MARCELO. No sabía que tuvieras tanto interés por quedarte a solas con Cuca. ¿Tiene ella algunas cualidades de las que yo carezco para que quieras echarme?

CLAUDIO. No es que pretenda echarte, pero no me gusta que me moleste nadie cuando trabajo.

MARCELO. Pueda que tenga que decirle algo a Cuca.

CLAUDIO. Y mi casa es la más indicada para vuestras reuniones de cotilleos... Voy a bajar a por unos

caramelos al quiosco de la esquina. Desde que me quitaron el tabaco necesito otra adicción. Cuando suba voy a seguir trabajando, y no me importaría hacerlo solo. (Sale.)

MARCELO. Discúlpalo querida, es un borde incorregible. Nunca se aprendió el manual de los buenos modales, y eso que se lo regalé cuando ganó su primer premio literario por un ensayo que nunca fui capaz de leer completo.

CUCA. Yo creo que es un hombre muy tímido, y por eso se protege de esa manera. Trata de mantener su intimidad como una fiera herida.

MARCELO. Tengo la sensación de que cada vez lo conozco menos. Quizás por eso sigo con él, porque es de los pocos hombres que consiguen sorprenderme jugando siempre a la defensiva.

CUCA. Y de los que se te resisten.

MARCELO. A veces es más divertido así. El juego se puede prolongar tanto como se desee. Alguien a quien se posee antes o después se convierte en un estorbo.

CUCA. ¿Es siempre tan hostil?

MARCELO. Apenas si tiene amigos, parece que siempre está apartado del mundo.

CUCA. ¿Y con las mujeres?

MARCELO. Nunca ha estado casado y apenas si se le conoce alguna que otra relación... Parece ser que hace unos años tuvo una historia con una alumna de la universidad que le marcó mucho, pero siempre resulta hermético si surge el tema... Pero no entiendo este repentino interés por él. ¿Acaso te gusta?

CUCA. Él está haciendo todo lo posible para que lo desprecie.

MARCELO. Eso para las mujeres es un reto. Domar a las fieras.

CUCA. Conmigo no es el método a seguir.

MARCELO. Yo creo que siempre tiene que tratar a las personas desde la superioridad. Si se sintiera de igual a igual probablemente se derrumbaría. Pero insisto en que no es un mal tipo.

Suena el timbre tres veces.

MARCELO. Me parece que es la señal para indicarme que me vaya. Será mejor que lo haga o montará en cólera, y entonces es posible que nos deje tirados. (Sale.)

Cuca mira uno de sus libros cuando entra Claudio.

CLAUDIO. Supongo que ya habrán tenido tiempo de criticarme.

CUCA. ¿Qué le hace suponer que el mundo gira a su alrededor? Puede que también haya otros temas interesantes para hablar.

CLAUDIO. Veo que no le faltan recursos.

CUCA. Se defenderme si me atacan.

CLAUDIO. Creo que ya estoy comprendiendo el sentido de esta historia, y lo mejor será que sigamos trabajando por separado hasta que nos reunamos dentro de dos semanas.

CUCA. ¿Eso significa que va a seguir adelante con el libro?

CLAUDIO. Significa que aún no he encontrado un motivo suficientemente sólido como para negarme.

CUCA. Antes de marcharme quisiera hacerle una pregunta.

CLAUDIO. Si me promete no publicar lo que diga.

CUCA. Ahora no le está hablando Cuca Meyer, sino María Díaz, que es mi nombre real.

CLAUDIO. Pregunte.

CUCA. Entiendo que tenga cierto sentido de la fidelidad, pero me cuesta creer que, siendo tan diferente a Marcelo, nunca se haya planteado irse a otra editorial.

CLAUDIO. Una respuesta podría ser que Marcelo puede ser muy mal enemigo y por eso prefiero estar cerca de él.

CUCA. Eso no me convence. ¿Acaso podría chantajearle?

CLAUDIO. No creo que tuviera motivos. En el fondo puede que sea por comodidad mía. No me gusta estar de un lado para otro ofreciendo mis ideas al mejor postor. Y como editor, Marcelo nunca me ha hecho grandes faenas.

CUCA. Esta podría serlo.

CLAUDIO. Eso es lo que él cree, pero no es tan grave, aunque tengo que hacer que lo parezca.

CUCA. Le juro que no lo entiendo. Tengo la sensación de que no le hablo a una persona sino a una careta.

CLAUDIO. Todos tenemos una careta puesta. La suya ya la ha descubierto. Marcelo durante muchos años tuvo que ocultar su homosexualidad bajo otra careta por temor a recibir agresiones. Sin embargo, en la actualidad ha abandonado esa máscara porque la homosexualidad se ha convertido en una ventaja, sobre todo en círculos culturales. Parece que las instituciones han dejado en sus manos todo el patrimonio de la sensibilidad. Y ahora se ha puesto la careta de triunfador implacable.

CUCA. ¿Cuál es la suya? ¿Es la de intelectual?, ¿la de cínico insoportable?, ¿la de hombre reprimido que se refugia en un afán de superioridad?, ¿o la de hombre tímido al que le asusta manifestar sus sentimientos por miedo a que le hagan daño?

CLAUDIO. Eso es algo en lo que no puedo ayudarle. Nos vemos dentro de dos semanas.

Cuca lo mira sorprendido y recoge sus cosas ante la aparente displicencia de Claudio.

CUCA. Le prometo que antes de que esto acabe lo veré sin la careta puesta.

CLAUDIO. Nunca me han gustado las apuestas. Tengo mala suerte en el juego.

Cuca sale y la luz se apaga.

TERCERA ESCENA. OFICINA DE MARCELO.

Marcelo está hablando por teléfono.

MARCELO. En la presentación del libro, junto a nosotros tres, quiero que haya unos cuantos de los famosos más significativos y que digan unas palabras sobre la importancia del libro. Desde luego no muchas porque lo fastidian... Toti Malibrán y Borja Bevilaqua me parecen ideales para el acto, en cuanto a los Archidukes de Vicálvaro, me parece muy bien que estén presentes, pero no en la mesa principal, últimamente se venden demasiado barato... Yo buscaría a alguien que estuviera más próximo a la familia Real... Bien eso lo dejo en tus manos. En cuanto al presentador del acto, ¿has hablado ya con Casildo Borceguí?... ¡Cómo, qué ha pedido veinte mil euros por hacerlo! ¡Pero ese desgraciado quién se cree que es! ¡Sin mi ayuda no sería nadie!... De acuerdo. Vuelves a hablar con él y le comentas, en un tono que no suene a amenaza, que yo he quedado muy triste con su decisión. Precisamente cuando estaba dispuesto a entregarle los negativos de aquellas fotos tan entrañables en la famosa fiesta de Ibiza... Con eso será más que sufi-

ciente para que reconsidere su actitud. Lo dejo todo en tus manos. Llámame si surge algún otro contra-tiempo. (Mientras cuelga el teléfono entra Claudio.)

CLAUDIO. ¿Molesto?

MARCELO. Desconocía tu capacidad para entrar en despachos ajenos sin avisar.

CLAUDIO. Vine a administración a recoger unos documentos y decidí subir a ver si estabas. Gloria no se encontraba en recepción y me he asomado. Así de sencillo.

MARCELO. Ya que estás dentro ponte cómodo. Precisamente estaba hablando de la fiesta de presentación del libro. Será uno de los acontecimientos sociales más importante de la temporada.

CLAUDIO. Aún faltan dos meses para que llegue ese día.

MARCELO. Es el tiempo mínimo para organizarlo con ciertas garantías. Las agendas de los famosos están mucho más apretadas que las de los ministros, y sus exigencias son mucho más altas. A veces es un asco. En cuanto se ven en la portada de una revista se

creen faraones.

CLAUDIO. Sobre el libro quería hablarte.

MARCELO. Por favor, no me llores más.

CLAUDIO. Cada día que pasa tengo más dudas. Creo que lo que estoy haciendo no es honesto. Cualquier universitario con dos años de carrera podría escribir un manual mucho mejor.

MARCELO. En primer lugar, ninguno lo ha escrito. Y en segundo lugar, quién compraría un manual escrito por un estudiante, por muy brillante que fuera. Nosotros solo estamos haciendo lo que demanda el mercado. No vamos a engañar a nadie porque nada de lo que cuentes en él será mentira, y en cualquier librería se pueden encontrar cientos de libros que sí es una aberración que se hayan publicado. Además, no creo que el trabajo esté siendo tan agotador y frustrante como imaginabas.

CLAUDIO. Eso es cierto, una vez asumida cierta dinámica de documentación y de concisión en el texto no es muy complicado.

MARCELO. ¿Qué tal el trabajo con Cuca?

CLAUDIO. De eso también quería hablarte. He de reconocer que esa mujer no es como imaginaba al principio. Tiene algo que me inquieta y no puedo sentirme cómodo cuando trabajo con ella.

MARCELO. Vaya, vaya, así que esa arpía ha conseguido lo que yo siempre intenté.

CLAUDIO. ¿A qué te refieres?

MARCELO. Ella ha roto tu barrera de seguridad. Ya no eres un hombre de hielo al que le importan un bledo los sentimientos. Tu hermetismo se está derrumbando ante una famosa nada menos.

CLAUDIO. Sabes muy bien que eso son estupideces.

MARCELO. Ya puedo ver los titulares de prensa: Apasionado romance entre una famosa presentadora de televisión y un prestigioso intelectual progresista.

CLAUDIO. ¡Deja ya de desvariar! Lo que dices es ridículo.

MARCELO. Pues tal y como está el mercado de las exclusivas yo no le haría ascos. Al menos sesenta

mil, tirando por lo bajo, le podríais sacar, y en el caso de que no fuera cierto, vendéis la exclusiva de la ruptura y el siguiente titular sería: Intelectual deja plantada a presentadora famosa y se fuga a una isla del Caribe con su editor.

CLAUDIO. Ni lo sueñes.

MARCELO. Pues sería un final feliz.

CLAUDIO. No es posible hablar contigo en serio sin que saques las cosas de quicio.

MARCELO. Sí que es posible, pero siempre es una tentación provocarte por lo trascendental que te pones. Pero se acabaron las bromas, dime lo que te preocupa.

CLAUDIO. Reconozco que esa mujer me desconcierta. A veces me desquicia cuando asume la imagen de presentadora de programa de famosos, pero otras veces parece una mujer muy diferente.

MARCELO. Y quieres saber cuál es la verdadera.

CLAUDIO. Tú debes conocerla bastante bien.

MARCELO. En este mundo nadie conoce a nadie;

y, como comprenderás, si me falta tiempo para conocer a todos los hombres que deseo, no pensarás que lo pierdo en investigar a las mujeres.

CLAUDIO. Pero algo sabrás de ella.

MARCELO. Se dicen muchas cosas, pero vete a saber cuáles son ciertas. En algunos sitios se rumorea que tiene muchos hombres en su historial y que le gusta jugar con fuego. Pero eso también se dice de mí y no es tan cierto como yo quisiera. A mí, mientras resulte útil a mis propósitos, poco me importa su moral.

CLAUDIO. Entonces no sabes que ella...

MARCELO. ¿Qué no sé? ¿Tienes algo que podría interesarme?

CLAUDIO. Nada importante.

Suena el teléfono. Marcelo mira el reloj.

MARCELO. (Mientras se acerca al teléfono.) Si no me equivoco, ahora vas a tener la oportunidad de solucionar muchas de tus dudas de primera mano. Supongo que ha llegado Cuca.

CLAUDIO. ¡Cómo!

MARCELO. (Por teléfono.) Sí... Dile que pase.

CLAUDIO. No puedes hacerme esto.

MARCELO. Tú eres el que has venido a mi despacho cuando no estabas citado.

Entra Cuca.

MARCELO. (A Cuca.) Fíjate que casualidad, mis escritores favoritos que tanto se esquivan van a encontrarse en mis aposentos.

CUCA. ¿No será esto otra jugada tuya?

MARCELO. ¡Para nada! Justo cuando estaba esperando tu visita se ha presentado Claudio. ¿Verdad que es una bonita sorpresa?

CLAUDIO. Podrías haberme avisado.

MARCELO. Como tenías tanto interés en conocer todos los detalles personales de Cuca, he pensado que lo mejor sería que te informara la propia interesada.

MARCELO. (Alterado.) ¡Por favor!

CUCA. (A Claudio.) ¿Eso es cierto?

CLAUDIO. Marcelo tiende a sacarlo todo quicio.

MARCELO. Por supuesto. Yo siempre soy el malo de la historia y me lo invento todo.

CLAUDIO. (Nervioso.) Tengo que marcharme.

MARCELO. (Mirando a Cuca.) Si la principal interesada no tiene nada que alegrar.

CUCA. No, aquí no tengo nada que decir. (Mira a Claudio.) Yo cuando tengo algo que hablar suelo decirlo a la cara.

CLAUDIO. No siempre todo es lo que parece. (Se marcha.)

MARCELO. Juraría que ahora mismo está pensando en cómo encontrar una salida airosa. Es como un jugador de ajedrez obsesivo. Siempre está pensando en los movimientos que ha hecho mal. A veces le cuesta comprender que en la vida no todas las jugadas se pueden controlar como en un tablero.

CUCA. ¿Por qué me has citado?

MARCELO. ¿No te interesa saber lo que he hablado con Claudio?

CUCA. Diga lo que diga me vas a contar lo que te dé la gana, y supongo que no siempre tiene que coincidir con la verdad.

MARCELO. No imaginaba que tuvieras ese concepto de mí. A veces puedes ser demasiado quisquillosa. No es extraño que Claudio esté desconcertado contigo.

CUCA. ¿Eso es cierto?

MARCELO. Certísimo. Juraría que lo tienes al borde de la zozobra.

CUCA. Pues lo disimula muy bien.

MARCELO. No sé qué le habrás dado. No me explico cómo ciertos hombres, que parecen tan firmes, pueden sucumbir ante los dudosos encantos de algunas mujeres.

CUCA. Si no te conociera tan bien podría pensar que esas palabras son fruto de los celos.

MARCELO. Puedes tomarlas como quieras.

CUCA. ¿Se puede saber si me habías llamado para esto, para imponerme que solo me relacione con

Claudio en lo meramente profesional, o quieres decirme algo más?

MARCELO. Algo hay. Fuera del trabajo podéis hacer lo que os dé la gana, incluso una relación vuestra hasta podría venir bien como promoción del libro. En cuanto a Claudio, hace tiempo que quedó fuera de mi lista de conquistas, aunque me guste jugar de vez en cuando con su hombría... Sólo quería hablar contigo de ciertos temas laborales que me tienen un tanto preocupado.

CUCA. Entonces, tú dirás.

MARCELO. Me han llegado noticias de que en el último mes la audiencia de tu programa ha bajado un seis por ciento.

CUCA. Nadie está libre de la tiranía que ejercen los estudios de audiencia. No es difícil sospechar que en muchos casos pueden ser interesados para promocionar o debilitar un determinado programa.

MARCELO. Ya sabes que los ejecutivos de las cadenas de televisión enseguida se ponen nerviosos.

CUCA. ¿Temes por el futuro de mi programa?

MARCELO. No hace falta que diga que enseguida comienzan a correr rumores cuando hay tantos millones de publicidad en juego.

CUCA. ¿Te preocupas más por mi futuro profesional o por cómo le pueda repercutir a tu libro?

MARCELO. Comprende que me interese por lo que me es cercano, al fin y al cabo todo está muy relacionado.

CUCA. Yo me limito a hacer mi trabajo lo mejor que sé tanto en un terreno como en el otro. De mí no dependen los gustos de la audiencia. Un día, no muy lejano, nadie se acordará de Cuca Meyer, pero yo espero seguir viviendo. El nombre pueden matarlo, pero a mí no me derrumba una estadística.

MARCELO. Supongo que sabrás que es mucho el dinero que he puesto en este proyecto.

CUCA. Lo sé. Como también sé que llegado el momento del lanzamiento no te costaría demasiado trabajo borrar mi nombre de la cabecera del libro y sustituirlo por el de la famosa que esté de moda... Hasta puede que Claudio se muestre complacido con

el cambio.

MARCELO. (Indignado.) ¡Por quién me tomas! Yo también tengo sentimientos y me duelen esas palabras.

CUCA. Por favor, Marcelo, sabemos que tus sentimientos los tienes invertidos en bolsa, para poder jugar con ellos y sacarles todo el beneficio posible sin reparar en el daño que haces.

MARCELO. ¡No te permito que me hables así!

CUCA. Discúlpame por la grosería. Tengo que marcharme. (Se dirige a la puerta.)

MARCELO. ¡Espera! Esto no puede quedar así.

CUCA. (Volviéndose.) Haz lo que tengas que hacer para salvar tu producto, pero no te justifiques, eso no te pega. Y no esperes que te pida de rodillas una nueva oportunidad.

Cuca se marcha y Marcelo sale tras ella. La luz se apaga.

CUARTA ESCENA. DESPACHO DE CLAUDIO.

Entra Claudio acompañado por Marcelo.

CLAUDIO. No entiendo este repentino interés por hablar conmigo antes de que llegue Cuca, cuando has dispuesto de dos semanas para hacerlo con toda tranquilidad.

MARCELO. A veces surgen circunstancias que nos obligan a variar lo previsto. Tengo que hablar contigo urgentemente.

CLAUDIO. No estoy dispuesto a que me cuentes más historias sobre la promoción de libro. Quiero terminarlo de una vez y olvidarme para siempre de él.

MARCELO. Se trata de algo muy importante.

CLAUDIO. Está bien, habla, pero te advierto que Cuca no tardará mucho en llegar y tenemos que seguir trabajando. Vamos justos de tiempo.

MARCELO. Seré muy breve. Ante todo te advierto que lo que te voy a contar se trata de una remota hipótesis, y es muy posible que no llegue a confirmarse.

CLAUDIO. Entonces no es tan importante. Te lo puedes ahorrar hasta que se confirme.

MARCELO. Es necesario que lo sepas.

CLAUDIO. Ya veo que me lo vas a contar de todas formas.

MARCELO. Hoy se reúne la comisión ejecutiva de la cadena de televisión para decidir sobre el programa de Cuca.

CLAUDIO. ¿Y qué me importa?

MARCELO. Debería importarte. Lo pueden eliminar de la programación debido a la gran pérdida de audiencia que ha sufrido.

CLAUDIO. Supongo que lo lamentaría por ella, pero no entiendo qué tiene eso que ver con nuestro manual.

MARCELO. Mucho más de lo que imaginas.

CLAUDIO. Explícate.

MARCELO. Cuca es imprescindible en el proyecto siempre que esté de moda y pueda ser vista por

millones de espectadores. Con su nombre y su imagen obtenemos una gran promoción. Pero si ella desaparece de las pantallas, en muy poco tiempo será olvidada y a nadie le importará que haya un libro firmado por Cuca Meyer.

CLAUDIO. ¿Con eso pretendes decir que podemos olvidarnos del maravilloso Manual de erudición para famosos? Te aseguro que no me causaría ningún dolor mandarlo al infierno.

MARCELO. Por supuesto que no. El libro tiene más vigencia que nunca. Sólo digo que en el peor de los casos, y siempre y cuando se cumpliera la hipótesis anterior, la portada podría tener un pequeño cambio en el nombre de los autores.

CLAUDIO. ¡Cómo!

MARCELO. Por supuesto, Cuca cobraría hasta el último euro de lo estipulado y buscaríamos una fórmula que la hiciera participar en los derechos de autor.

CLAUDIO. (Mirando muy serio a Marcelo.) No puedo creer que me estés proponiendo esto y permanezcas tan tranquilo.

MARCELO. Claro que tengo mis sentimientos y me dolería mucho por ella. A mí me gustaría que todo se desarrollara como tenemos previsto hasta ahora, pero mi obligación principal consiste en vigilar por los beneficios de mi empresa. En este caso el simple cambio de un nombre puede suponer muchos millones en las ventas. Es una simple cuestión de sentido común.

CLAUDIO. Creía que te conocía bien a pesar de tus excentricidades, pero confieso que cada vez me sorprendes más. Nunca pensé que pudieras ser tan hipócrita y miserable.

MARCELO. Seré todo lo canalla que tú quieras llamarme, pero en este caso lo más importante es la previsión de los acontecimientos y adelantarse a cualquier posible resultado. El proceso que hemos iniciado no se puede detener.

CLAUDIO. ¿Y cuál sería la maravillosa solución que te has sacado de la chistera?

MARCELO. En primer lugar, nada de esto pasará si todo sale como deseo, y ni que decir tiene que esta conversación no habría existido.

CLAUDIO. Pongámonos entonces en lo que no deseas.

MARCELO. He iniciado unos contactos previos con Soraya Monti, un encanto de mujer. Te gustará.

CLAUDIO. Permíteme que sea yo quien decida sobre mis propios gustos.

MARCELO. Ella es ideal para esta historia. La mejor que podríamos encontrar, y ha prometido guardar una discreción absoluta si la incluimos.

CLAUDIO. Un gran detalle por su parte.

MARCELO. Todos sabemos que el libro está a punto de terminarse y que la mayor parte del trabajo lo has realizado tú.

CLAUDIO. ¡Es mentira! Si el libro sale adelante es gracias a Cuca.

MARCELO. Vamos, no es el momento de ser modesto. Esta historia te pertenece a ti. Tú eres el creador.

CLAUDIO. Eres el mayor hijo de puta que conozco.

MARCELO. Por favor, Claudio, no es necesario sacar las cosas de quicio. Todos sabemos que este libro te importa un bledo. Lo hemos hecho por mero negocio y todos vamos a salir beneficiados, incluida Cuca. Y no olvides que todo esto aún no se ha consumado. Cuando llegue Cuca, tú no sabes nada.

CLAUDIO. ¿Qué fácil te resulta traficar con los sentimientos de las personas?

MARCELO. Sin llorar, Claudio, que ya somos todos mayorcitos y sabemos con lo que jugamos. Los sentimientos son muy bonitos, pero no nos toquemos los cojones cuando hay algo más importante en juego.

Suena el timbre de la puerta.

CLAUDIO. Debe ser Cuca.

MARCELO. ¿Es el portero automático?

CLAUDIO. Sí.

MARCELO. Me voy antes de que ella me vea. En cuanto sepa algo te llamo, y te pido que seas muy discreto. Yo daré la cara cuando sea necesario, en el caso de que todo vaya mal.

CLAUDIO. Espero que algún día te la partan.

MARCELO. Es algo que nunca he descartado.

Salen los dos. Unos instantes después regresa Claudio acompañado de Cuca.

CUCA. ¿Qué le pareció la última información que envié sobre radio y televisión?

CLAUDIO. Está muy bien. Creo que ya tenemos suficientes datos. Con ordenarlos para que encajen habremos terminado el libro.

CUCA. Muy pronto se podrá librar de mi ingrata presencia y olvidar estos meses de tortura.

CLAUDIO. He de reconocer que la colaboración no ha sido tan terrible como imaginaba al principio.

CUCA. ¿Puedo entender que eso es un halago?

CLAUDIO. Entiéndalo como quiera.

CUCA. Siempre tan generoso... ¿Por dónde seguimos hoy? ¿Dejamos terminada la sección de literatura?

CLAUDIO. Creo que solo nos faltaba concretar la

Literatura Iberoamericana del Siglo XX.

CUCA. Sí, decidir en qué escritor terminábamos el capítulo. Usted proponía que debíamos hacerlo en Benedetti.

CLAUDIO. Es el que más me gusta y respeto.

CUCA. Pero ningún famoso conoce a Benedetti.

CLAUDIO. Supongo que debe existir alguno que haya escuchado su nombre o lo haya visto en televisión.

CUCA. Yo opino que lo debemos incluir, pero no para terminar la sección. Con un par de líneas habrá suficiente.

CLAUDIO. Sí, con poner escritor uruguayo exiliado que ha cultivado todos los géneros sin apenas obtener premios.

CUCA. Podemos incluir el título de alguna de sus obras más importantes. Aunque para finalizar, yo creo que sería mucho más indicado hacerlo con Alberti.

CLAUDIO. ¿Pero de verdad cree que hay muchos famosos que conozcan bien la poesía de Alberti?

CUCA. Yo estoy convencida de que ninguno ha leído más de dos poemas, pero casi todos están al tanto del escándalo de su herencia, y no olvidemos que este es uno de los temas que más les apasionan. Sobre todo por lo de cobrar sin trabajar.

CLAUDIO. Supongo que es una manera tan buena como otra cualquiera para finalizar un capítulo... (Claudio se mueve inquieto por la habitación.) Por cierto, ahora que esta historia se está acabando noto una sensación extraña.

CUCA. Será de alivio al concluir un trabajo que desprecia y por librarse de una compañía que no le es grata.

CLAUDIO. (Alterado.) Yo no he dicho eso.

CUCA. Durante estos meses me lo ha hecho sentir en infinidad de ocasiones.

CLAUDIO. Si no es demasiado tarde, me gustaría pedirle disculpas por mi continua insolencia. Soy como un ermitaño y no estoy muy acostumbrado a la vida social.

CUCA. No se trata de que sepa comportarse en

público, sino de tener un mínimo de respeto hacia quien tiene enfrente. Durante todo este tiempo ni una sola vez me ha tuteado, ni llamado por mi nombre.

CLAUDIO. Usted tampoco.

CUCA. Yo trato siempre igual que me tratan.

CLAUDIO. Cuca es un nombre que no me gusta.

CUCA. Sabe muy bien que no es mi auténtico nombre.

CLAUDIO. (Sin dejar de pasear.) ¿Qué vas a hacer cuando todo esto termine?

CUCA. No lo sé. Esta vida de personaje público es efímera y puede que esté llegando a su fin. Te puedo asegurar que no lo lamento demasiado. Creo que seré capaz de hacer otras cosas. La recompensa de tener al lado a mi hija supera cualquiera de las pérdidas.

CLAUDIO. Supongo que llevas razón.

CUCA. ¿Puedo preguntarte algo sin que lo tomes como una agresión?

CLAUDIO. Sí, puedes.

CUCA. ¿Por qué has hecho tu vida tan hermética? ¿Por qué no dejas ningún resquicio para que los demás se acerquen?

CLAUDIO. ¿Así me ves?

CUCA. Sí, y te juro que me sorprende... A veces hasta me molesta.

CLAUDIO. Lo lamento.

CUCA. No se trata de lamentarlo. Nada hay en tu vida que pueda despertar lástima... Tú tienes muchas cosas que mostrar. Ahí dentro guardas hermosos sentimientos que muchos apreciaríamos como un tesoro. Pero sólo das salida a fríos argumentos, muy bien documentados, para mantenerte siempre protegido.

CLAUDIO. Todo esto es mucho más que una pregunta. También has incluido tus propias conclusiones.

CUCA. Llámalo como quieras, pero concédete algo de espontaneidad. No se va a acabar el mundo porque dejes de tenerlo todo controlado.

CLAUDIO. Puede que no te falte razón.

CUCA. ¿Con todas las mujeres te muestras siem-

pre a la defensiva?

CLAUDIO. No ha habido demasiadas mujeres en mi vida. Mi experiencia en ese terreno es muy inferior a la tuya.

CUCA. Me temo que en eso estás muy equivocado. Una experiencia hermosa enriquece más que cientos de fracasos, y yo solo he conocido los últimos, y no tantos como puedas imaginar.

Suena el teléfono. Claudio se queda mirándolo sin atreverse a cogerlo.

CUCA. ¿Por qué no lo coges, puede ser importante?

CLAUDIO. ¿Tú crees?

CUCA. Si no respondes nunca lo sabrás.

CLAUDIO. (Cogiendo el teléfono.) ¿Diga?...

¡Hola, Marcelo!...

Así que se ha consumado...

Entiendo perfectamente tu situación y comprendo que no se trata de motivos personales...

No es necesario que me des más explicaciones...

¿Puedo añadir yo algo para terminar?...

Tú conoces bien la historia de Fausto...

Sí, tiene que ver con el caso. En el libro se dice que Fausto vendió su alma al diablo, pero me parece recordar que en ningún capítulo se menciona que a cambio tuviera que pasarse toda la vida acostado con él...

Si no entiendes por qué te hablo ahora de Fausto, piensa un poco. Es un buen ejercicio para eliminar estrés...

Adiós, Marcelo, y no te pongas nervioso porque tu corazón es más débil de lo que imaginas. (Cuelga el teléfono.)

CUCA. ¿De qué se trata?

CLAUDIO. De nada demasiado importante.

CUCA. Me parece que me estás mintiendo.

CLAUDIO. (Cogiendo unos folios de la mesa.) Dime sinceramente si tienes muchas esperanzas puestas en este libro.

CUCA. Reconozco que me quedan muy pocas. ¿Y tú?

CLAUDIO. En el libro ninguna, desde siempre he despreciado el proyecto. Por mí quemaría el manuscrito inmediatamente... Lo único hermoso ha sido compartir estos meses de trabajo contigo.

CUCA. ¡Vaya! Un cumplido de ese tipo sí que no lo esperaba. ¿No será el adelanto de una mala noticia?

CLAUDIO. Veo que no soy el único suspicaz.

CUCA. Gajes del oficio.

Claudio continúa muy inquieto y va de un lugar a otro.

CUCA. ¿Por qué no te detienes un momento?

CLAUDIO. (Acercándose a Cuca.) ¿Qué contarías si te dijera que deseo invitarte a comer?

CUCA. Es muy probable que aceptara inmediatamente.

CLAUDIO. ¿Y si a continuación le añadiera que

también deseo invitarte a cenar?

CUCA. Entonces, probablemente pensaría que te iba a salir muy caro algo para lo que suele bastar con dos palabras en la mayoría de las ocasiones.

CLAUDIO. Creo que para ciertos temas nunca he sabido encontrar los atajos. ¿Por qué no empezamos por irnos a comer? Es posible que me sirva para encontrar las dos palabras que has dicho.

CUCA. Está bien. Explayémonos todo lo que sea necesario en este apasionante tema.

Claudio deja caer los folios en la mesa. Recogen sus cosas y salen.

Oscuro final.